

LA CONQUISTA DE LA FAMA

RECOMENDABA Mourlane Michelena la conveniencia de repensar los lugares comunes. Esta afirmación del insigne escritor le hacía aparecer joven a nuestros ojos. Podríamos haberle contestado, para que serenase su inquietud admirable, que desde la generación de la posguerra no habíamos hecho otra cosa. Nos convenía a la juventud, porque no podíamos circular con las viejas monedas heredadas de nuestros padres los escritores.

Con los padres casi nunca se está de acuerdo. Se les quiere y se les respeta, pero rara vez llegamos a compartir su criterio. Se lucha por otras cosas y con muy diferentes convicciones.

Los escritores nacidos al principio de este siglo, no todos, naturalmente, pero sí en su mayoría, han tenido por consigna la conquista de la fama. Era ésta una palabra que les llenaba de respeto y cuya ambición por perseguirla y alcanzarla, cada cual para sí, les hacía perder la serenidad.

Algunos llegaron a situaciones inauditas, al igual que el hombre que pierde el dominio de su ánimo por el miedo. Es decir, que se desmoralizaron, que perdieron la moral, vendiendo su alma al diablo, entregando la honra por los barcos. El ambiente llegó a tal nivel que don Miguel de Unamuno, que era un escritor honrado y responsable, salió al paso, diciendo: «Es muy cómodo declararse candidato a genio para dedicarse a canalla.» Y añade: «Me explico muy bien cierto recelo que buena parte del pueblo siente hacia los literatos; recelo que suele llegar no pocas veces al desprecio, cuando no a temor. Yo, que no puedo negar ser un literato, participo también de él.»

José Antonio había despejado para nosotros el camino. Nos encontramos con que el clima estaba depurado de pintoresquismos. Por eso a nuestra generación ya no le hizo

gracia la anécdota literaria del café ni el escritor decadente, que hacía frases cínicas, a lo Oscar Wilde, o se presentaba remediando al marqués de Bradomin, inventando abolenos con antepasados adquiridos en el Rastro y escudos para ostentar en horribles sortijas.

Somos también de los que no acertamos a separar al hombre del escritor, ni su manera de ser y de vivir de su manera de producirse al público.

Los ambiciosos perseguidores de la fama se han hecho populares de muchas maneras. Por ejemplo, entrando en casa de un ilustre académico para entrevistarse, y, de paso, llevarse su paraguas.

Todo quedaba aparentemente protegido por aquello de «son cosas de Fulano» o bajo el cobertizo de «la vida bohemia», cuyos cantos y encantos nos han parecido deprimentes, como al honrado don Miguel: «De literatura, cuanto menos, mejor; porque el reducirla es la manera más adecuada de hacerla más intensa.»

Ahora, aquellas viejas tonadilleras del periodismo de los tiempos del fogonazo con magnesio, nos salen de vez en cuando al camino, con todos sus relicarios colgados al cuello. La vejez pide a gritos desde la otra orilla que les reconocamos la moneda de «la mala fama» y que les entreguemos a cambio otra, de las vigentes, para llamar, con ella en la mano, a las puertas de la Academia Española, a pesar de haber dicho desde una tribuna que el Quijote era un tostón.

Son como Brigidas, que en sus venenosas palabras intentan ganarnos el corazón diciéndonos que les debemos la vida y que somos ingratos.

Dejemos, que se vayan con su ilusión, ellos que han cantado a la Mata-Hari, al Maxim's, a la champaña y a las mujeres elegantes, con manguitos y galgos rusos de la posguerra del 14; ellos, que han conocido Madrid del brazo de Hoyos y Vinet. Dejé-

mosles a solas con su conciencia, con sus explotados recuerdos, con la vieja carraca de sus crónicas autoplagiadas a lo largo de su vida. Que Gómez Carrillo les reciba con los brazos abiertos allá donde esté aguardándoles y que les cifa la corona de laurel a la frente.

La juventud andamos en otras cosas de más trascendencia, a las que nos consagramos pensando en los demás. La guerra nos ha hecho sensatos, casi de nacimiento. Ya sabemos nosotros que algunos de ellos no pueden comprendernos porque, por extraña casualidad, la guerra les ha cogido fuera de España.

La joven generación está comprometida de veras. La literatura es un medio más que ha de convertirse en instrumento, en medio utilitario. Nos dice Camús: «Es la toldilla de

las galeras, y en todas partes se puede, lo sabemos, cantar a las estrellas, mientras los forzados reman y se agotan en la cala; siempre puede registrarse la conversación mundana que se mantiene en las gradas del circo, mientras la víctima queda destrozada entre los dientes del león. Y es muy difícil objetar algo a ese arte que conoció grandes éxitos en el pasado. Sólo que las cosas cambiaron un poco; sobre todo, el número de galeotes y de mártires aumentó prodigiosamente en la superficie del globo. Frente a tanta miseria, este arte, si pretende continuar siendo un lujo, debe aceptar hoy ser también una miseria.»

Ya estamos muy lejos de que nuestro esfuerzo sea un lujo, y vamos creando sin darnos cuenta la sombra de otras

famas, que a veces son convencionales, sin pedirle o cederle ésta a un amigo, y mucho menos invitarle a usos no canónicos con ella. Nadie está seguro de haber bebido en el vaso de Musset, y mucho menos quién empieza. Había que preguntarle a esos González y Menéndez, los cuales creen que están saqueándoles la fama, si ellos, los que ya terminan con las caedizas hojas otoñales, no palanquetearon más de una vez la humilde hucha donde los demás, sin fama pero con humildad, han guardado día a día los limpios ahorros de su trabajo diario, sin importarles para nada la bronca y asmática voz de la fama.

Marino GOMEZ-SANTOS